

KAMI GARCIA



LA LEGIÓN DE LA



PALOMA NEGRA

SIN TEMOR

DE LA COAUTORA DEL BEST-SELLER *HERMOSAS CRIATURAS*

LA LEGIÓN DE LA



PALOMA NEGRA

Título original: *Unbreakable. The Legion, book 1*

1.ª edición: mayo de 2015

© Del texto: Kami Garcia LLC, 2013
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2015
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7146-3
Depósito legal: M-4732-2015
Impreso en España — Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

KAMI GARCIA

LA LEGIÓN DE LA



PALOMA NEGRA

SIN TEMOR

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA

Para Alex, Nick y Stella:
Ninguno de los mundos imaginarios que invento
es comparable al mundo real que comparto
con vosotros.

Hay mil que asestan tajos a las ramas del mal
por cada uno que golpea en las raíces.

HENRY DAVID THOREAU, *Walden*

Índice



1. La sonámbula	11
2. Arañando la superficie	17
3. Oscuridad	31
4. El salto desde la tumba	37
5. Callejones sin salida	51
6. Nana siniestra	61
7. La Legión	71
8. La prueba	81
9. Lastres y problemas	89
10. El Fundamento	101
11. El Transformador oftálmico	113
12. Huellas dactilares	121
13. Hierro en frío	127
14. El País de las Maravillas	135
15. La niña del vestido amarillo	143
16. Corte en la frontera	151
17. Middle River	159
18. Una buena madre	171
19. Aguas negras	179
20. Una rendija de luz	191

21. Sunshine	207
22. El armario	219
23. La marca	229
24. La única	241
25. Corazoncitos de la Misericordia	253
26. Dentro de los muros	267
27. Desenterrados	275
28. Agua florida	283
29. Hijos de la desobediencia	291
30. La casa de la Muerte	305
31. La Trampa del Diablo	313
32. Calor de infierno	323
33. La paloma negra	331
Agradecimientos	339

1. La sonámbula



Mientras se me hundían los pies desnudos en la tierra húmeda, trataba de no pensar en los cadáveres que había enterrados debajo. Había cruzado aquel pequeño cementerio unas cuantas veces, pero nunca de noche, y siempre por el lado de fuera de las puertas de hierro con su pintura descascarillada.

En aquel momento habría dado lo que fuera por hallarme del otro lado de aquellas puertas.

A la luz de la luna, las filas de lápidas cuyas palabras había borrado el tiempo denunciaban a aquel césped como lo que era: la tapa de un enorme ataúd.

Oí romperse una rama, y me di la vuelta:

—¿Elvis...?

Yo iba buscando un vislumbre de la cola anillada, blanca y gris, de mi gato. Elvis nunca se escapaba, y normalmente estaba contento de pasarme por entre los tobillos cada vez que yo abría la puerta. Hasta aquella noche, cuando se había ido tan rápido que ni siquiera me había dado tiempo a coger los zapatos, y lo había perseguido a lo largo de ocho manzanas hasta terminar allí.

A través de los árboles llegaron unas voces ensordecidas. Me quedé paralizada.

Al otro lado de la cancela, pasó bajo la débil luz de una farola una chica vestida con el chándal azul y gris de la Universidad de Georgetown. Riendo y tropezándose por la acera, sus amigas la alcanzaron. Llegaron a uno de los edificios académicos y se metieron dentro.

Resultaba fácil olvidarse de que el cementerio se encontraba en el medio de un campus universitario. A medida que me internaba en las irregulares filas de lápidas, las farolas desaparecían tras los árboles, y las nubes tan pronto sumergían el cementerio en la total oscuridad como lo sacaban de ella. No quise hacer caso de las voces que me susurraban en el interior de la cabeza diciéndome que volviera a casa.

Algo se movió en la periferia de lo que veían mis ojos: un destello blanco.

Observé las lápidas, que ahora estaban bañadas de un negro impenetrable.

«Vamos, Elvis. ¿Dónde estás?».

Nada me asusta más que la oscuridad. Quiero poder ver lo que se acerca: la oscuridad es el lugar en que pueden esconderse cosas.

«No pienses en eso».

Y tratando de pensar en otra cosa, el recuerdo se acercó antes de que pudiera detenerlo:

El rostro de mi madre sobre el mío cuando yo parpadeaba para despertarme... El pánico que vi en sus ojos cuando se llevó un dedo a los labios para pedirme que me estuviera ca-

llada... El suelo frío bajo los pies mientras yo caminaba hacia su armario, en el que ella echaba hacia un lado los vestidos.

—Hay alguien en la casa —había susurrado ella, apartando una tabla de la pared para dejar al descubierto una pequeña abertura—. Quédate aquí hasta que yo vuelva. No hagas ningún ruido.

Me metí dentro a duras penas y ella volvió a colocar la tabla en su sitio. Hasta entonces no había sabido lo que era la completa oscuridad. Miré un punto que se encontraba a unos pocos centímetros de mis ojos. Allí mi mano descansaba sobre la tabla. Pero no podía verlas.

Cerré los ojos como para huir de la oscuridad. Se oían cosas: la escalera crujía, los muebles rozaban contra el suelo, había voces apagadas... y había una idea que se negaba a dejar mi mente en paz.

¿Y si mamá no volviera...?

Demasiado aterrada para ver si podía salir de allí adentro, seguí con la mano pegada a la tabla. Oía mi respiración irregular, y estaba segura de que el que estaba en la casa también podría oírla.

Al final, la madera cedió a mi mano y un leve rayo de luz inundó el espacio. Mi madre me cogió, diciéndome que los intrusos se habían marchado ya. Mientras me sacaba del armario, yo era incapaz de oír otra cosa que los fuertes latidos de mi corazón, y no podía pensar en nada más que en el peso aplastante de la oscuridad.

Solo tenía cinco años cuando ocurrió aquello, pero aún recuerdo cada minuto que pasé en aquellas apreturas. En

aquel momento, en el cementerio, el recuerdo hizo que el aire me resultara sofocante. Una parte de mí quería volver a casa, con mi gato o sin él.

—¡Elvis, ven acá!

Algo se movió delante de mí entre las desportilladas lápidas.

—¡Elvis...?

De detrás de una cruz de piedra surgió una silueta.

Di un salto, y tuve que contener un grito:

—Lo siento —dije con voz vacilante—. Estoy buscando a mi gato.

El extraño no pronunció palabra.

Los sonidos se intensificaron de modo vertiginoso: ramas que se rompían, hojas que crujían, mi corazón que palpitaba... Pensé en los cientos de programas de crímenes sin resolver que me había tragado con mi madre y que empezaban exactamente así, con una chica que está sola en algún lugar en el que no debería estar, observando al hombre que estaba a punto de matarla.

Retrocedí. El espeso barro me llegaba a los tobillos, como manos que me sujetaran a la tierra.

«Por favor, no me haga daño», pensé.

El viento pasó por el cementerio, levantando marañas de largo cabello de los hombros del extraño, y la delgada tela de un vestido blanco dejó al descubierto las piernas.

Piernas de mujer.

Sentí alivio:

—¿Ha visto un gato siamés blanco y gris? ¡Cuando lo encuentre lo voy a matar!

Silencio.

Su vestido recibió la luz de la luna, y me di cuenta entonces de que no era propiamente un vestido, sino un camisón. ¿Quién podía caminar por el cementerio vestida con camisón?

Una loca. O una sonámbula.

Se supone que no hay que despertar a los sonámbulos, pero no la podía dejar allí sola de noche.

—¡Eh! ¿No me oye...?

La muchacha no se movió pero me miró como si pudiera distinguir mis rasgos en la oscuridad. Sentí un vacío en el vientre. Hubiera querido mirar hacia otro lado, cualquier cosa menos enfrentarme a aquellos ojos inquietantes.

Bajé la mirada hasta la base de la cruz.

Los pies de la muchacha estaban tan desnudos como los míos, y daba la impresión de que no tocaban el suelo.

Parpadeé varias veces seguidas, reacia a considerar la otra posibilidad. Tenía que ser cosa de la luz de la luna y la penumbra. Me fijé en mis propios pies, que estaban cubiertos de barro, y después otra vez en los suyos:

Estaban descoloridos e inmaculados.

Un destello de pelo blanco corrió delante de ella y en dirección a mí.

Era Elvis.

Lo atrapé antes de que pudiera escaparse. Me bufó, retorciéndose y dando violentos zarpazos hasta que lo solté. Con el corazón brincándome en el pecho, lo vi correr por la hierba y atravesar la cancela.

Volví a mirar la cruz de piedra.

La muchacha había desaparecido. En el suelo, donde ella había estado, no había más que una capa de barro lisa, sin huellas.

La sangre de los arañazos me caía por el brazo mientras cruzaba el cementerio, intentando olvidarme de que había visto a una muchacha vestida con un camisón blanco.

Y recordándome, en silencio, que yo no creía en fantasmas.

SIN TEMOR



YO NO CREÍA EN FANTASMAS, HASTA QUE UNO INTENTÓ MATARME

«Una carrera veloz por un mundo de demonios y espectros, luces y oscuridad... ¡Me muero de ganas de leer la segunda entrega!».

Ally Condie, autora de la trilogía «Juntos»

«Intensa y llena de deliciosas vueltas de tuerca, *Sin temor* es una huida a medianoche por algunos de los escenarios más inquietantes que he encontrado en la literatura de ficción».

Ransom Riggs, autor de *El hogar de Miss Peregrine para niños peculiares*

1578225

ISBN 978-84-678-7146-3



9 788467 871463

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com